



POSTAL
GERUNDENSE

Salidas de Otoño

Por JORGE DALMAU



El Monasterio de benedictinas de San Daniel, testigo viejo del paso de innumerables otoños, pequeña voz de bronce que se oye al caer la tarde. Junto a sus muros gruesos pasan los senderos que van y vienen del monte, trayendo y llevando miles de recuerdos bellos. Abuelos y nietos hablarían extensamente y sin prisa del valle y de sus horas que pasaron como el sol, dejando luz. Casi no apartamos la vista del valle cuando hablamos de las afueras que no nos cansan nunca. Como a un pico elevado, el mediodía, a San Daniel le sienta bien la tarde, el otoño.

Tiene Gerona dos momentos de solaz bien definidos y ligados estrechamente a las estaciones del año. Pueden señalarse en estos dos binomios: verano-playas, y otoño-setas. Otras latitudes suponemos tendrán sus otras excusas para romper monotonías típicas de ciudad; aquí disponemos de esas, muy a nuestro alcance, muy gerundenses las dos, y muy recomendables también las dos, siempre claro está que no se llegue a lo insano de las dos cosas, de la playa o de la seta, que de todo tienen nuestras comarcas benditas.

Un y otro motivo, decimos, son excusas suficientes para dejar la ciudad siquiera unas horas. Pero más que de "excusa" quizá convendría hablar de "necesidad" y a veces incluso de "lujo". Convengamos en que las dos ocasiones para salir de la ciudad son esencialmente distintas: las buenas playas distan unos 40 kms. de la ciudad, en cambio las buenas setas pueden hallarse a 40 minutos de cualquier casilla de "burot". A las playas hay

que llegar sobre ruedas, por lo que se impone para muchas clases el cuentagotas del presupuesto; rozamos por ahí el "lujo". Las setas son más de casa o, mejor dicho, más para los de casa. Ay del día en que las agencias de viajes empezasen a apear turistas en los tranquilos bosques después de haber traducido a siete idiomas los nombres de nuestras setas familiares; aparte de su tan simpática presencia en nuestras cocinas, la seta perdería —mucho más doloroso todavía— el inmenso papel social que desempeña en la sencillez de nuestras economías domésticas. Un desquiciamiento así no quieran cometerlo nunca los carteles de turismo que, a veces si se empeñan en hacer entrar el clavo por la cabota.

Quizá es providencial que el otoño siga al verano. Así, después de las ajetreadas campanillas de un prohibido el descanso ante riadas de extranjeros, de poco vecinos, en bien de un quehacer bastante material, cuando no materialista, después de eso vienen las pri-

meras nieblas del calendario no muy frío todavía, a poner debajo de cada hoja caída y seca el aliciente de marchar al bosque con los más queridos, con los más familiares, o con los más vecinos. Es el repliegue, es el mirar hacia dentro, tan necesario en la armonía del año y del hombre, que irá progresando para culminar en la típica reunión hogareña del corazón del invierno. Ahora las mañanas soleadas invitan a ir y venir, a traspasar el umbral de la ciudad con la alegre carga de un cesto de mimbres y con la sencilla esperanza de a la vuelta, poderlo pasear vistosamente repleto sin tener que torcer por calles recónditas para burlar miradas que descubrirían escasa suerte y pericia en la búsqueda. Pero aun cuando esos dos factores no hubieran querido citarse en el cesto, la salida no sería inútil. Al comentarla después, se diría claramente que era una "excusa" para salir a las afueras.

Tiene nuestro otoño la gran virtud de hacernos sentir la necesidad del bosque. De un bosque que está ahí, a tiro de piedra como diría un pastor, a tiro de campanada de Catedral, como ha de decir un gerundense. La añoranza de zonas verdes dentro de la ciudad es un apremio más para que nos acerquemos a los prados de San Daniel, o a los caminos de más allá de Palau Sacosta, o las masías del llano de San Gregorio, caminos de variadas excursiones, espacios queridos que ni son ciudad ni son pueblo solitario, pero sí quedan inmensamente lejos de la pesadilla del claxon y del bordillo porque ya todo es acera y ama-

bilidad. Incluso, si os fijáis, traspasado el portal de San Pedro de Galligans o el de San Cristóbal es más fácil el saludo a los que pasan. En extramuros hay menos gente y menos prisa; como siempre, el hombre vuelve a ser la medida y el equilibrio, porque está a la mitad del camino entre la antigua carreta de bueyes, cansina entre barrizales, y el coche de serie, veloz sobre los asfaltos.

Ahora que ningún barrio de las afueras de Gerona está definitivamente urbanizado, bien podríamos pensar con cariño y entre todos en ponerle al futuro nuestro granito de buen sentido a las soluciones que vayan aportándose.

Puestos en clima de buen crecimiento, al que nuestra ciudad habrá de sujetarse en serio, por ley natural, votamos sin lugar a dudas por aquel estilo que sepa respetar más el derecho a los ciudadanos a tener unos prados y unos bosques a cambio de unos pocos pasos, donde el ritmo cotidiano parece retardarse, hacerse más humano, en donde es posible hablar de nada, del tiempo, mientras se llena un botijo de agua de la Font d'en Fita.

O dicho de otra forma, que seamos capaces de continuar saboreando el otoño como quienes miran y remiran sus buenos cestos de setas recién bajados del monte mientras ellas, las amas de casa que por el mismo camino de vuelta van hablando de sus cosas, anticipan un hermoso plan:

—Jo avui els faré a la brasa. Son tant bons...